

MARGARITA PUSTERLA,

NOVELA HISTÓRICA.

Traducción de D. P. García Cadena.

(Continuacion.)

Pasados algunos momentos de silencio, Buonvicino se levantó, y esforzándose por dar firmeza á su voz:

—Margarita, exclamó, la leccion que me habeis dado no será inútil. Mientras conserve un soplo de vida no cesará mi reconocimiento hácia vos.

Margarita le dirigió una mirada de compasion inefable, una de esas miradas que deben tener los ángeles cuando el hombre confiado á su tutela comete un crimen que confian lavar á bien pronto, en el crisol de su arrepentimiento. Apenas Margarita vió salir á Buonvicino, apenas oyó la puerta cerrarse tras él, dió libre curso á su desesperacion hasta entonces tan penosamente comprimida. Se levantó, corrió á la cuna donde dormia su Venturino, le cubrió de besos y el hermoso rostro del niño quedó inundado por un torrente de lágrimas, último tributo pagado á los recuerdos de su juventud y á ese primer amor que no la cautivó sino por su inocencia. Y ¿á qué asilo mas seguro puede una madre recurrir en los peligros del corazon que á la celeste pureza de sus hijos? Venturino abrió los ojos, esos ojos de niño en los cuales parece que refleja el cielo toda la calma de su límpido azul, los fijó en el rostro de su madre, reconocióla y echándole al cuello sus tiernos bracitos: — ¡Madre mia, exclamó, ó madre mia!

Cuán dulce resonaba en este momento aquella palabra santa en el oido de Margarita: ella sola bastó á calmarla y volverle la tranquilidad de un corazon que despues de la tempestad se regocija de haber escapado ileso.

Buonvicino salió fuera de sí y erró largo tiempo á la casualidad por las calles de Milan. Yo no sé si hemos observado ya que aquel dia era jueves santo, dia de devocion universal, en que, como se practica todavía en nuestros tiempos, todo el mundo corria á prosternarse ante el sepulcro del Señor y á adorar el Santo Sacramento allí encerrado en conmemoracion de esa gloriosa tumba donde fueron depositados los despojos del Hombre Dios y donde se consumó la regeneracion del hombre. Discurrían por las calles multitud de hombres, de mugeres y de niños, de mendigos y caballeros en trages ricos pero modestos, sin plumas ni armas: los unos iban solos, los otros formados en cuadrillas y en filas regulares ó agrupados en desórden tras una cruz, cuyo divino peso habian reemplazado por un sudario á guisa de

banderola. Estos caminaban descalzos, aquellos cubiertos con una túnica rústica; algunos recitaban el rosario en alta voz y les respondia un discordante concierto de voces plañideras; otros entonaban el *Stabat Mater* y los salmos del rey penitente, ó murmuraban el *Miserere* con voz llena de compuncion, hiriéndose al mismo tiempo las espaldas con látigos de cuerda. Un hombre cubierto hasta la cabeza con una tela grosera y llena de ceniza, marchaba entre dos amigos ó cofrades que de vez en cuando le daban terribles pinchazos en la espalda. Veíanse tambien numerosas cofradías de hombres y de mugeres enmascarados; comitivas de monjes y de hermandades que con los pies desnudos, las manos cruzadas y los ojos fijos en tierra, decían su rosario, cantaban y gemían.

De esta suerte iban recorriendo las siete principales iglesias que se hallaban entonces fuera de las murallas. Al llegar á cada una de ellas y en medio de las adoraciones que tributaban á la memoria del misterio mas sublime de espacion y de amor, redoblaban sus súplicas, sus cánticos, sus gemidos y flagelaciones. En las parroquias asistian á esta piadosa visita los ciudadanos ó las corporaciones religiosas formadas en largas procesiones, en todas las cuales se veia un hombre representando á Cristo que llevaba una pesada cruz al hombro y marchaba rodeado de mugeres que figura-



ban la Magdalena y la Virgen María y de santos de todas edades y naciones. Otros vestidos de judíos representaban á Pilatos, Herodes y el Cirineo. Cada uno representaba su personage, profiriendo estrañas palabras interrumpidas por

los gritos y los lloros de los espectadores. Servian de acompañamiento á esta melodía multitud de matracas y de bastones golpeando contra las puertas, instrumentos de que una turba de muchachos se servia para manifestar su turbulenta devocion.

Un saltimbanqui ciego encaramado en su retablo cantaba con voz monótona y llorona una composicion grosera que hoy dia escitaria la risa y el desden y que entonces



arrancaba á los oyentes lágrimas de piadosa compasion. La atenta muchedumbre llenaba de monedas la alcancía del pobre ciego, y algunos de aquellos hombres de hierro criados para la guerra y fortalecidos en los trabajos, que no habian compadecido jamás los sufrimientos reales y presentes de sus semejantes, lloraban como niños al oir recitar el holocausto voluntario de la divina víctima. Uno de ellos, dejando caer su ruda mano sobre la guarnicion de la espada: —«¡Oh! exclamó, ¡que no estuviéramos allí para librarle!» Entre tanto, algunos monges ó peregrinos cubiertos con el san-rochetto, se aprovechaban de este ardor y de esta emocion para pintar las crueldades que habian visto en la Tierra-Santa, oprimida por los musulmanes, é inspiraban á los fieles el deseo de libertarla con las armas ó al menos de aliviar sus desgracias con el oro.

En medio de aquella muchedumbre en movimiento y de aquella mezcla de serio y de burlesco que forma el carácter de la edad media; á la vista de aquel grandioso espectáculo de una nacion entera, llorando como si fuera de ayer un suplicio consumado hace trece siglos, Buonvicino pasaba ora dejándose llevar por la muchedumbre, ora hendiéndola en sentido contrario, pero con los ojos bajos como si temiera encontrar un acusador en cada uno que le miraba. Al verle así absorbido en sus pensamientos se le hubiera creido mas penetrado que nadie de la devocion general; y sin embargo no era un sentimiento piadoso el que le ocupaba en aquel momento, sino una lucha de pensamientos y de quimeras que se agolpaban á su imaginacion como en su derredor la muchedumbre. Atravesó por fin el gentío. El sol iba ya declinando hácia el ocaso y el viento impetuoso que reina en esa estacion silbaba entre las ramas de los árboles que empezaban apenas á reverdecir.

En fin, cuando se halló en la soledad tan querida para las almas que sufren, Buonvicino se abandonó á los senti-

mientos contrarios que le agitaban. Presa de su inquietud, ora caminaba meditabundo, ora fijaba los ojos en la ciudad y sobre las torres donde el bronce sagrado permanecia mudo ó en las murallas donde las rondas pasaban por intervalos gritando y respondiendo: ¡Visconti! ¡San Ambrosio! Este grito que le recordaba los males de su patria, le distrajo por un momento de los suyos; mas, ¡ay! ¿no eran las desventuras de su patria sus propias desventuras? Buonvicino dirigia la vista á los pasados dias de libertad, comparándolos al yugo que á la sazón pesaba sobre ella, y al terrible porvenir que le estaba reservado: entonces sentia renacer el vigor de sus esperanzas juveniles; de aquellas esperanzas que le halagaron cuando creia vivir libre en una patria de libres, sirviendo á sus conciudadanos con su brazo y sus consejos, elevándose á los primeros puestos del estado y mereciendo alabanza y gloria en la vida pública y privada.... Su pensamiento volvía entonces á Margarita, á Margarita, niña inocente, pimpollo no abierto que le pedia el soplo de la vida, corazon inocente que una sola palabra suya podia abrir á la plenitud de la mas pura felicidad.... Mas ¡ay! ¡esperanza de honores, felicidad doméstica, todo se habia desvanecido! — «Ella al menos es feliz, se decia á sí mismo, y goza de la dicha que á mí me fue vedada.... ¡Feliz! ¡oh! y yo osaba atentar á su pureza y anhelaba destruir para siempre su felicidad y la de un amigo!...»

Entregado á estos pensamientos, Buonvicino se acercó á la puerta de Algiso que hoy dia se llama la puerta de san Marcos, y entrando por ella se encontró junto á la iglesia de los *Umiliati* de Brera. — A la hora en que entraba Buonvicino, un corto número de fieles á quienes su edad ó sus ocupaciones impedian reunirse con la muchedumbre para hacer las siete estaciones, se habian reunido allí para ofrecer el solitario homenaje de su piedad á aquel que escucha todas las oraciones del hombre y las escucha en todas partes.

La órden de los *Umiliati* tuvo su origen en Milan cerca de tres siglos antes, de una asamblea de seglares que se habian reunido en una casa comun para consagrarse á una vida piadosa y donde las mugeres no se hallaban separadas de los hombres. Cuando san Bernardo viajaba para inducir á la Europa á levantarse contra el Asia é impedir que la media luna prevaleciese contra la cruz, Mahoma contra Cristo y la civilizacion contra la barbarie, impuso reglas á esta comunidad que entonces se creó sacerdotes y separó los sexos. Esta fue la segunda órden de los *Umiliati*, la cual fundó en un predio vulgarmente llamado Breda ó Brera un convento que tomó el nombre del sitio donde fue construido. La tercera órden reconocia por su fundador al bienaventurado Juan de Meda, quien instituyó la órden de los *Umiliati* en la casa de Rondineto, llamada hoy dia el colegio Gallio en Coma. Esta órden tomó tal incremento que el territorio milanés llegó á contener doscientas casas (ó canongias, que así se llamaban sus conventos), y se distinguia de la antigua órden de san Benito y de las recientes instituciones de santo Domingo y de san Francisco, en que el trabajo de las manos era la regla de su instituto.

¡DULCE ES AMAR!

Bendita sea del amor la llama,
Bendita sea, que la envía el cielo,
Bendita sea, que embellece el suelo
Donde su gloria y su esplendor derrama.

¡Triste es la vida sin amor! La dicha
Que sola embellecer la vida sabe,
Es el amor tiernísimo y suave
De celestial y cándida muger;

Y sin su dulce influencia,
Sin sus amables desvelos,
Sin sus delicados celos,
Mustia es la vida, agena de placer.

¿Qué es el ser fuerte, y vencedor y grande,
Y de rico laurel ornar la frente,
Sino hay una muger que dulcemente
Nos sonría al mirar ese laurel?
El alma que sin amores,
Marchita y triste respira,
En la gloria solo mira
Perecedera pompa y oropel.

Mas si despues de recibir el lauro
Y erguir soberbio la cerviz triunfante,
En el vírgen regazo de una amante
Depositamos el precioso don;
Coronará sonriendo
Con tierno amor nuestra gloria,
Y del triunfo la memoria
La vírgen guardará en su corazon.

¿No hay amor? No hay ventura, no hay orgullo,
No hay ambicion: y pasa nuestra vida
Como corriente de cristal perdida
En peñascosa y seca soledad.
¿No hay amor? Triste el alma,
Ni la estasia el cielo,
Ni la recrea el suelo,
Ni alumbra el sol jamás su oscuridad.

Nace el sol, y sus luces nos envia:
¿Qué piensa el que respira sin amores?
¿Que hará del claro día?
Del sol se adornará á los resplandores?
Admira esa campiña deliciosa
De flores salpicada
Con flores olorosa,
Del céfiro halagada,
Cubierta de verdor y de hermosura,
De arroyos mil de límpida corriente
Regada, y la natura
Con todo su primor bella y riente;...
¿Y qué le dice el corazon?... — Acaso
Junto á un rosal fragante
Detiene el perezoso incierto paso,
Y admira un leve instante
Una rosa naciente y delicada:
El cáliz pudoroso
Colmado de licor de la alborada,
Las hojas de carmin puro y hermoso;
Con languidez graciosa
Doblada sobre el tallo dulcemente,
Cual vírgen candorosa
Que con bello rubor baja la frente,
Acaso coge con profana mano,
Aquella flor del céfiro querida,
Y la condena insano
A perder deshojada aroma y vida.
Bebe un punto su aroma, sus colores
Repara.... indiferente
Pasa hollando las flores
Porque su corazon amor no siente.
¡Ah! si en mi mano viese yo una rosa,
Y por desgracia mia
El corazon ardiente de una hermosa
Por mí no palpitára, le diria:
«Flor delicada, flor de la hermosura,
Gala de primavera,
¿Cuánta es tu desventura!
¡Ay! ¡y cuánta es mi suerte lastimera!
Tú que crecias en el prado ufana
Halagada del céfiro sonoro,
Adornando la plácida mañana
Con suave aroma y vírginal decoro,
Has venido á mis manos bella rosa
A morir deshojada....»
¡Pero no!... ¡pero no! Yo de mi hermosa
La imágen adorada,
Al admirar la flor recordaria:
Cándida como ella, y delicada

Y dulce, y tierna, la adorada mia
En la rosa veria retratada;
Y la amaria en ella, recordando
De nuestro dulce amor las dulces horas
Y en mi mente soñando
Nuevas delicias, bellas seductoras,
Y entonces volaria á la que adora
El corazon, y respirando apenas
La diria: — «Mi bella encantadora
Toma esta flor que la pradera amena
Amaba como gala de su suelo;
Tómala hermosa mia,
Ella es digna de ti, cual tú del cielo,
Si ha de vivir un día,
En tu cándido pecho
Ostente sus aromas y colores
De perlas y corales á despecho,
Que no hay gala mejor que castas flores,
Emblema de mi amor, recibe hermosa
Esta flor que embalsama el manso ambiente
Y colócala amante y cariñosa
Sobre el pecho inocente
Y al colocarla, piensa que algun día
En dulces lazos, ante el Dios del cielo,
Cual ella tuya es hoy, tú has de ser mia,
Mi bien, mi única dicha sobre el suelo.»
Y así al hablarla, y verla ruborosa
Inclinando la frente sonrosada,
Tomar mi bella rosa
Sonriendo callada,
Yo sentiria el corazon colmado
De un placer delicioso....
¡Ah! fuera desgraciado
Si tu cándido amor, ángel hermoso.
¿Triste es la vida sin amor! ¿Qué espera
El que en amor no espera la ventura?
La dulce primavera,
Sus fuentes, sus arroyos, su verdura,
Sus aves candorosas
La multitud variada é infinita
De sus flores pintadas y olorosas,
Todo respira amor, y á amar incita.
¡Y hay corazones que en estoica calma
Vivan donde el amor ardiente mora!...
¡Ah! Dios al hombre para amar dió el alma
Y crió á la muger encantadora.
Bendita sea del amor la llama,
Bendita sea, que la envia el cielo,
Bendita sea, que embellece el suelo
Donde su gloria y su esplendor derrama.

Juan Antonio Almela.

AGUAS POTABLES.



NTES de tratar del grave é importante proyecto de la conduccion de aguas potables á nuestra capital, cuya mejora ocupa en el dia la atencion de su populoso vecindario, parecenos oportuno dar una idea sucinta de las acequias que cruzan en varias direcciones la ciudad, que unidas á sus innumerables pozos, forman como un inmenso estanque, cuya agua no se agota jamás, y sobre el que descansa esta gran poblacion de una manera altamente admirable y bien entendida.

La acequia de Rovella ó Novella, segun se lee en diferentes documentos antiguos, es una de las que hace mencion en el privilegio 87 el rey D. Pedro II, y en el 138 de D. Jaime II, con el nombre de acequia de Ruzafa. Entra esta acequia por la parte que rompe la muralla junto al portal de la Corona, llamada antes de los Tintes, en la que se

colocó una reja á espensas de la fábrica de Muros y Valladarez por una disposicion fecha 3 de Enero de 1578.

De esta acequia nacen diferentes rollos de agua que sirven para regar algunos huertos, y para el servicio de varias adoberías de los blanqueros. De estos rollos el primero es el que entra en el convento de la Corona, hoy casa de Beneficencia; el segundo el que atraviesa el huerto de los Peraires llamado de el Tirador: el tercero es el que cruza el huerto de Ensendra, riega diferentes campos, y al llegar al huerto que conocemos por el del *Partit*, se divide en dos brazos; uno que pasa lamiendo las casas de la calle del Portal nuevo, y otro que sigue al huerto del Cármen, donde unidos otra vez, sirven para el consumo de las blanquerías desaguando en el valladar ó *vall* de la puerta de Serranos.

Tambien en la plaza de Mosen Sorell, se desprende de la referida acequia un rollo, conocido por el de la blanquería, que discurre por medio de la plaza, va á la del Arbol, y dividiéndose en diferentes brazos, termina en la blanquería para desaguar en el valladar de Serranos. Antes de llegar empero á la citada plaza hay otro rollo de agua que va á la casa de Misericordia, surtiendo á este establecimiento segun provision de la referida fábrica del año 1679. Desde la Misericordia vuelve esta porcion de agua á incorporarse en la acequia de Rovella por la acequia madre que está en la calle de la Vilanova, antes de la Morería. Enfrente de san Miguel hay otro rollo ó cadireta por donde el agua de esta acequia va al Portal de Valldigna, y buscando la calle de Rotoros escorre en la rambla llamada de Blanqueros. Delante de las casas de donde corre la acequia madre que viene de la casa de Misericordia hay otro rollo, que desagua en el valladar mayor que va por la Bolsería al Mercado. En el Tros-alt ó Tosal, junto al que fue convento de la Puridad, existe otro rollo, de donde va el agua á la plaza del Esparto y de allí al vallador viejo del Mercado atravesando la Bolsería. Junto á la calle de Valeriola, ó Badriola, hay otro rollo en esta acequia, que cruzando el Mercado desagua en el valladar mayor á la esquina de la Lonja. En la de Ensendra hay otro rollo que lame el convento de la Encarnacion, pasa por el huerto del Triador y va al que era puerta de los Inocentes, siguiendo casi la misma direccion otro que está junto á la esquina de la calle de la Parra, que sale al valladar por la antigua puerta del Cojó. Las monjas del Pie de la Cruz toman una pluma de esta agua, que vuelve á la misma acequia delante del molino de la Rovella por la Acequia podrida. Otro partidador que estaba dentro del molino surtia al convento de Magdalenas de agua suficiente, para el riego del huerto desde 1642. En los Porchets hay una almenara de piedra, y delante del convento de san Gregorio se ve otro rollo, por donde corre el agua que va por la acequia madre de la calle de san Vicente, la de Enllop y plaza de san Francisco hasta el valladar mayor. Finalmente esta acequia saliendo de la ciudad riega muchas tierras de la huerta de Ruzafa, cruzando antes en la calle de este mismo nombre un puente llamado de los Anades. Otro brazo que se desprende de la calle de la Sangre, pasa por delante del ex-convento de san Francisco, atraviesa el barrio de Pescadores hasta la calle de la Cequiola; y del mismo rollo es el que corre por la esquina de la plaza de las Barcas, junto á la morera.

Tal es en globo la distribucion de las aguas, que corriendo por bajo de sólidos puentes y antiguos canales, cruzan por cien calles, formando una como inmensa red al rededor de los millares de pozos que se cuentan en la misma ciudad. Tal vez demos en otra ocasion una noticia mas detallada de estos conductos, que trabajados maravillosamente son apenas conocidos; por ahora hacemos estas indicaciones para satisfacer en parte los deseos que nos animan de publicar tantas cosas notables que encierra nuestra hermosa capital. A pesar, pues, de esta abundancia de aguas, pocos barrios hay

donde sea bastante buena la que sirve para surtir á sus vecinos. Para ocurrir, pues, á esta falta, y adornar mas nuestras plazas y paseos interiores, se lleva ahora á cabo la conduccion de otras aguas, cuya salubridad esceda á las de nuestros pozos.

Hace ya muchos años que se ha conocido la importancia y utilidad de otras aguas mas sanas que las de los pozos, pues desde 1782 los ayuntamientos, los capitanes generales, los gefes políticos y la sociedad económica se han ocupado repetidas veces en promover este proyecto. El primero, de que se conserva noticia, fue el que se presentó el mismo año 1782 por el señor conde de Faura, personero del público: se nombraron comisiones y peritos, médicos y arquitectos sobre la cualidad, cantidad y posibilidad de la conduccion de aguas de la fuente llamada de la *Alhóndiga* y otras varias del término de Chiva. Posteriormente, sin embargo, en el año 1786, D. Gaspar Ferrer y Pinós, síndico personero, aunque reconociendo la importancia de tener mejores aguas, y proponiendo que se utilizáran en fuentes públicas las de la casa llamada de la *Cenia* de esta ciudad, ó que se trajeran de sitio acomodadamente elegido en el río Turia, se opuso el proyecto de conducir las de Chiva por su escasa cantidad, demostrándolo por una sumaria informacion hecha ante la justicia de Cheste-al-Campo, pero D. José Ferrando, encargado por el consejo de promover este asunto, demostró completamente lo contrario por los mismos medios: de modo que la sociedad económica se halló en 1831 con estos datos contradictorios, y por falta de otros mas exactos y por lo considerable del coste tuvo que abandonar este proyecto. El que proponia D. Gaspar Ferrer era la adquisicion de las casas de la *Cenia*, el establecimiento de máquinas hidráulicas para elevar el agua á la altura necesaria, y la formacion con ella de fuentes públicas; pero á pesar de que la sociedad tomó en consideracion este proyecto, la comision nombrada al efecto en 1842 manifestó, sin embargo, en un dictámen redactado por el ilustrado señor Azofra, su opinion contraria, no solo porque en su entender el agua de la *Cenia*, aunque mejor, no llevaba ventajas á las de los demás pozos, sino porque su cantidad no era tampoco suficiente para abastecer la ciudad. La misma comision, despues de haber hecho por otra parte una larga y escrupulosa nivelacion desde Valencia á Cuarte, pudo convencerse tambien de que el punto elegido por el arquitecto D. Francisco Ferrer en 1834 no ofrecia tampoco el resultado que era de desear, para realizar la conduccion de las aguas sobrantes de las cercanías de esta capital, abandonando por consiguiente el proyecto de aquel arquitecto, y resolviéndose por fin la comision en no admitir otras aguas para abastecer á Valencia que las del Turia, como habia ya indicado en su proyecto el referido D. Gaspar Ferrer.

El del citado arquitecto mejorado con nuevas nociones y adoptado entonces por la sociedad, encierra datos muy preciosos sobre la toma de aguas, su calidad, su conduccion, distribucion, formacion de treinta fuentes públicas en la ciudad, dos en la Alameda, dos en el camino del Grao y una en el mismo muelle, quedando aun cincuenta plumas para distribuir las entre los particulares que quisieran adquirirlas. La comision, pues, opinaba: Primero: que era útil y posible el traer aguas potables á Valencia. Segundo: que el proyecto que mejor se prestaba á satisfacer esta urgente necesidad era tomarlas del río Turia, estableciendo los purificadores necesarios. Tercero: que la toma del agua debia colocarse á la parte superior del azud de Moncada. Cuarto: que la cantidad necesaria para abastecer á Valencia no escederia de dos filas, y repartida esta entre las ocho acequias á proporcion de su dotacion, seria de todo punto imperceptible la disminucion que experimentaria cada regante. Y quinto: que debia por consiguiente rectificarse con otro nuevo pro-

yecto el del señor Ferrer, teniendo, empero, á la vista sus apreciables trabajos.

Tal era en suma el dictámen que en el referido año 1842 dió la ilustrada comision de la sociedad al presidente del ayuntamiento, que lo era entonces D. José de los Rios. Otras circunstancias, sin embargo, han acontecido despues de aquel tiempo, y se ha dado por fin un decidido impulso á la conduccion de aguas, que en el dia se lleva á cabo con mucha perseverancia, y cuyas noticias en su realizacion ocupará otro artículo. — V. Boix.



EL PRISIONERO.

Vuela doquier el pajarillo errante
En las alas del céfiro mecido,
Y hace escuchar doquiera su gemido
Hallando donde quier ecos de amor,
Y encuentra en el desierto sus placeres,
Y en el tronco de un árbol cobijado
Sus cánticos derrama enagenado,
Cantando de la vida al esplendor.

Vaga el insecto en la pradera hermosa;
Respira calma el azulado cielo,
Rie entorno de mí brillante el suelo,
Todo respira en grata libertad;
Y no hay un pecho que exhalar no pueda
Bajo el brillante azul del firmamento,
Sus penas y placer al rauda viento,
Inspírele el amor, ó la amistad.

Solo yo, pobre cautivo,
Reclinado entre cadenas
Puedo ¡ay Dios! mirar apenas
De ese cielo el rosiel;
Y aspirar las blandas brisas
Que del mar en la ribera
Y del valle en la pradera
Se deslizan con placer.

Un dia tras otro dia,
Las horas lentas contando,
Mi existencia resbalando
Por mis dolores se va;
Y es profunda la amargura,
Que el corazon me devora,
Porque hundida en triste hora
Mi esperanza muerta está.

Suenan fuera de estos muros
Los gritos de bienandanza;
Fuera ríe la esperanza
De la inquieta sociedad;
Y el silencio que me cubre
Bajo su tétrico manto,
Deja solo con espanto
Un eco de eternidad.

¿Qué me resta á mí, infelice?
Suspirar de noche y dia,
Devorando la agonía
Que desgarrá el corazon:
Maldecir, cuando suspiro,
Y esperar, si cerca veo
El término á mi deseo
Que es morir en mi afliccion.

V. Boix.

LAS FLOTANTES.

(Conclusion.)

Tan grande desventaja reconocida por los gefes del campo se decidieron por atacar la plaza con baterías flotantes conforme al sistema de los mejores militares: al efecto se adoptaron los planos formados por un oficial de la marina francesa llamado Mr. D'arsou, y empezó á últimos de Abril del propio año de 1782 la construccion de diez flotantes ó empalmetados, como se les llama vulgarmente, sobre otros tantos cascos de fragatas mercantes que se reforzaron con gruesas planchas de madera, y cubrieron de un firme blindaje apoyado en largas y robustas vigas empalmadas de tal suerte que aun cuando cayesen encima las bombas enemigas rodasen al mar sin hacer daño alguno: la batería, toda de cañones de á veinticuatro, estaba á un solo costado, cuyo espesor era de seis palmos rebutidos de corcho y sacos de lana encajonados, con lo cual parecia imposible que las balas hiriesen en lo interior del buque: cinco de ellas eran de una sola batería con catorce cañones y otras cinco de dos con veintiocho, formando un total de doscientos diez cañones: dudábase si podrian navegar y obedecer al timon porque el costado de la batería pesaba mucho mas. Todos estuvieron listos para el 15 de Agosto en cuyo dia, por la mañana, llegó al campo el conde de Artois, hermano de Luis XV: el 16 lo verificó su primo el duque de Borbon: el 17 recorrieron el campo, reconociendo los trabajos y paralelas avanzadas: el 18 se embarcaron los príncipes con el duque de Crillon y otros generales en el bote mismo en que desembarcó Carlos III cuando vino á España, y fueron á comer á bordo de la fragata *Juno*; y por la tarde el empalmetado *san Francisco de Paula* salió á la vela de Algeciras, navegó un gran trecho, y luego biró en redondo, tiró tres descargas é hizo varias maniobras con gran satisfaccion de todos; en los dias siguientes, hasta el 13 de Setiembre, se fueron probando los demás: al parecer de los ingenieros reunian las cualidades de un navío de 70, é hicieron egercicios de cañon por mañana y tarde en el navío *san Isidoro*, fondeado en Puente de Mayorga (1), los soldados de tierra que debian ir en aquellos.

Durante este tiempo fueron muchos los curiosos que acudieron al campo, en toda Europa no se hablaba de otra cosa que del dudoso y sangriento asalto que se habia de dar á la plaza con estas baterías: en París, en Lóndres, en

(1) Casi en el centro de la inmensa bahía se halla el fondeadero llamado de Puente Mayorga, á la desembocadura del rio Palmones y frente el cortijo del Rocardillo; en cuyo espacio pueden surgir sin incomodarse doscientos navíos del mayor porte, desde diez hasta cincuenta brazas sobre fondo de arena al abrigo de todos vientos, y á la distancia cuando menos de cuatro mil varas del peñon.

Roma, en Nápoles se hacian considerables apuestas sobre el éxito de una empresa en que iba á jugarse la existencia de millares de semejantes nuestros, y tal vez el término de una guerra tan destructora. Llegó por fin el día 13 de Setiembre de 1782, escogido para la terrible tentativa; todas las baterías de la línea principiaron un fuego infernal contra la plaza; sobre las siete salieron las flotantes á la vela del fondeadero de Puente de Mayorga, con grande aplauso del egército y tal entusiasmo de los marinos, que el denominado *la Pastora*, mandado por el gefe de escuadra D. Buena-ventura Moreno, llevaba una banda de música á su bordo, que fue tocando hasta que se rompió el fuego: pero oigamos al Excmo. señor conde de Noroña, entonces capitán de Dragones, jóven de 22 años, que iba en el *Paula*, al mando del gefe de escuadra D. Cayetano de Langara, la relacion de este memorable acontecimiento.

«Una fuerte ventolina llevó las flotantes con tal rapidéz que no podian seguir las lanchas cañoneras, ni las bombardas; en menos de dos horas nos hallamos frente los muros de Gibraltar, y anclamos en cuatro brazas y media, á menos de 300 toesas de la plaza, desde el muelle viejo al nuevo en dos filas, habiendo elegido esta formacion porque ya se habia previsto que de otro modo los cables de los unos estorbarian á los de los otros; en la primera fila estábamos cuatro de dos baterías, que éramos de derecha á izquierda, el *Paula*, el *Talla-piedra*, su comandante el príncipe de Nassau-Siegen, la *Pastora* y el *san Cristóval*: los seis restantes, el *san Fermin* de dos baterías, *Pelayo*, *Regla*, *Carlos*, *Vicente* y *san Antonio*, se colocaron en segunda fila, y tiraban por nuestros claros. Los ingleses principiaron un fuego de palanqueta antes de que anclásemos, y á mi empalmetado le cortaron un cable: lo verificamos, en fin, entre nueve y diez, y nos encontramos solos porque las cañoneras y bombarderas no podian atracarse ni favorecerarnos, pues se llenaban de agua por el oleage, sin poder acercarnos mas porque ya varábamos, principiamos el fuego sufriendo el de los ingleses que era mucho mayor que el nuestro, y de bala roja, que usaron segun unos desde las once de la mañana, y á mi parecer desde el primer tiro: la embarcacion se encendia á cada instante, costándonos indecible trabajo el apagar el fuego; las balas que entraban por las portas eran infinitas, que á mas de inutilizarnos los cañones, mataban mucha gente, é iban cesando nuestros disparos; al anoecer se incendió el pañol de proa, lo que nos obligó á echar toda la pólvora al agua. Lo mismo sucedia en los otros empalmetados (1), por lo cual el duque de Crillon envió las cañoneras, y botes y lanchas de la escuadra con cables para espiarnos si posible fuese, y cuando no para sacar la gente abandonando los buques y prendiendo fuego á los que no lo tenian, que eran muy pocos: así se hizo; pero por la precipitacion en tomar las lanchas ó confianza en que sabian nadar, se echaron muchos al agua, y se ahogaron. Los ingleses tiraban muy poco; salieron con sus lanchas y cogieron tres botes de la escuadra, y al amanecer subieron á los dos empalmetados que no tenian fuego, donde hicieron prisioneros trescientos treinta y cinco hombres, entre ellos algunos heridos: casi al mismo tiempo se volaron los otros ocho, causando un efecto sorprendente en toda la bahía. Yo salí á las

(1) El primero que se incendió fue el *Talla-piedra*, su comandante el príncipe de Nassau, habiendo hecho inútilmente los mayores esfuerzos para apagarle mandó arrojar la pólvora al mar y se salvó en una chalupa con algunos subalternos: ciento sesenta y dos de los suyos fueron despedazados por las balas y bombas, y casi otros tantos debieron su salvacion á las lanchas que sir Elliot destacó para recoger á aquellos infelices que luchaban con las ondas para no abrasarse en su propio buque.

cuatro de la madrugada sin lesion alguna, pero habiendo caido al mar, pensé ahogarme entre la confusion y oscuridad de aquella melancólica noche. Dos dias despues los lanchones ingleses nos trajeron todos los prisioneros, excepto algunos heridos cuyo estado no lo permitia; los habian tratado con las mayores atenciones, y fueron devueltos al campo por cange sobre su palabra. Á las diez del día 13 habia salido una posta para Madrid, anunciando felicidades, y á las nueve de la mañana del siguiente otro, refiriendo desgracias (1); tal fue el completo desenlace de un proyecto en que se habia consumido tanto dinero y tiempo.»

En obsequio de nuestros lectores concluiremos este artículo con una breve reseña de la terminacion del bloqueo. La reciente catástrofe fue el objeto de que se ocupó todo el campo durante algunos dias, culpando la mayor parte á Mr. D'arsou por la facilidad con que se habian desvanecido sus jactanciosas esperanzas; sosteniendo otros que no se las debió empeñar bajo el fuego enemigo, sino cuando algunos navios y lanchas cañoneras, hubieran hecho callar aquel: mas conviniendo todos en que tan deplorable resultado debia atribuirse principalmente á las balas rojas de que contra el derecho de gentes se habian servido los ingleses. Se proyectó, pues, el batir el peñon por la punta de Europa, distrayendo la atencion y fuego del enemigo hácia otros parages; operaciones que los vientos contrarios no permitieron egecutar, pues desde el aciago día 13 de Setiembre fueron siempre tan borrascosos que en la noche del 10 de Octubre, una de las mas horrorosas tempestades, un deshecho huracan desbarató todo el campo, hizo trizas ó arrebató la mayor parte de las tiendas, y puso la armada combinada en riesgo de estrellarse sobre la costa ó de chocar unos buques con otros; jamás se habian visto tan desencadenados los elementos: evitáronse las mayores desgracias, pero el navío *san Miguel*, de setenta cañones, arrojado por la furia del viento sobre la trinchera al S. de Gibraltar se vió en la precision de rendirse con su tripulacion compuesta de seiscientos cincuenta hombres. El *Triunfante*, *Santa María Magdalena* y otras pudieron zafarse corriendo á un largo hasta doblar la punta del Leon. En medio de estos desastres la plaza recibió nuevos socorros, y el combate empeñado entre el almirante inglés Howe y las escuadras de D. Luis de Córdoba y Mr. de Guiche el día 20 á ochenta leguas de Cádiz no produjo ningun resultado decisivo. Gibraltar, pues, se hallaba provisto y en estado de no temer ya á los aliados que creyendo tambien inútil toda tentativa por entonces, levantaron finalmente el bloqueo el día 31 de dicho mes de Octubre de 1782, siendo el décimo-tercio sitio que ha sufrido desde que la construyeron los moros. El tratado de 20 de Enero siguiente conservó esta importante roca á la Inglaterra, que desde entonces no ha cesado de mejorar sus fortificaciones que al sentir de los inteligentes la constituyen la primer plaza del mundo, como haremos ver en otro artículo en que nos ocuparemos de su descripcion y de lo mas notable del famoso monte. — J. M. Z.

(1) Para dar una idea de aquella tremenda escena baste decir que cuatrocientas bocas de fuego del mayor calibre disparaban á un tiempo, tanto de la línea y flotantes como de las baterías de la plaza, en las que las bien dirigidas descargas de los empalmetados empezaron á abrir una larga brecha, por lo cual sir Elliot mandó se les tirase con bala roja del mayor calibre. Pasaron de cuatro mil las que se dispararon en menos de cinco cuartos de hora, lo que causó la total destruccion de unos buques en que se habia gastado tanta madera, bronce y hierro que se hubieran podido construir catorce navios de línea. Perecieron mil ciento cincuenta y cuatro hombres de los cinco mil ciento doce que los montaban sin los oficiales y marineros.

MADAMA PARADOL.

Digna intérprete de los grandes pensamientos de la *Athalia*, madama Paradol ha sido la que mejor ha sabido comprender la escena filosófica del siglo anterior. Su figura esbelta, su voz armoniosa, y su mirada interesante representaba perfectamente á la célebre Clitemnestra, si era tal como nos la recuerdan los historiadores y los poetas. La distinguida actriz, según la espresion de su biógrafo, era el último resto de las reinas trágicas, aunque le disputaba este rango la señorita Georges. Su estatura noble y magestuosa, su frente hermosa, propia para ceñir una diadema, y aquella mirada altiva y bella á la par la constituian en un objeto de admiracion y de entusiasmo, que el teatro francés no ha podido olvidar todavía.



Madama Paradol nació en París el 4 de Enero de 1798, y á los diez y ocho años habia ya principiado esa carrera brillante aunque difícil, por donde los artistas han debido atravesar, para orlar sus sienes con la corona de inmortalidad. No ensayó empero sus esfuerzos, volando en pos de la sublime inspiracion de Corneille y de Racine, en cuya alta region no osó penetrar hasta mas adelante; pero madama Paradol hizo oír su voz melodiosa en las tragedias líricas, porque su método de canto era uno de sus dones mas admirables. En 1816 cantó tambien con éxito en la academia real de música; y en 1818 se la vió en Marsella recoger abundantes aplausos, interpretando en el papel de Dido y de Alceste los pensamientos mas sublimes de Gluck y de Spontini; mereciendo ocupar desde aquella época un rango distinguido en el teatro francés, desempeñando los papeles de reinas, como se decia entonces. Los viejos se acuerdan todavía haberla visto con delirio representar en la *Jane Shore* de Lemercier; y apenas existe un aficionado al antiguo teatro, cuya magestad es indisputable, que no eche de menos en París á madama Paradol. Su muerte, acaecida el 29 de Octubre de 1843, fue por consiguiente un suceso notable, que los entusiastas admiradores de Corneille, de Racine y de Voltaire refieren con sentimiento; no solo porque

ha dejado un gran vacío en la representacion de las piezas dramáticas de la antigua escuela, sino tambien porque su trato amable y su carácter suave y delicioso formaban el encanto de sus numerosos amigos. Precedió á su muerte una larga y dolorosa enfermedad; y sin embargo la apreciable artista sufrió tan penosaagonia con una resignacion verdaderamente heroica, animando á los mismos que la asistian y derramando los mas sinceros consuelos. Un año de terribles padecimientos marchitó para siempre aquella frente, que habia ceñido tantas coronas; y de su belleza y de su gloria solo le quedaba el espíritu superior á los males que la condujeron lentamente hasta el sepulcro.

Su nombre empero ha dejado un recuerdo en el vecino reino, y no se olvidará tan fácilmente, mientras exista un genio capaz de apreciar en aquel pais el mérito sobresaliente de los poetas dramáticos del siglo de Luis XIV. — V. Boix.

VALENCIA ARTISTICA Y MONUMENTAL.

Pinturas del monasterio de la Murta.

II.

Hemos dicho en el número anterior que la preciosa coleccion de pinturas donada por D. Diego de Vich al monasterio constaba de sesenta y un cuadros, de que el mismo señor en su espresado testamento nos dá el catálogo en los siguientes términos:

El cuadro conocido con el título *del pais de san Eustaquio* por representar al santo ermitaño retirado en su gruta: notable por la belleza y suavidad del cenobita, la ilusion óptica, y la oportuna degradacion del claro-oscuro en la perspectiva aérea. Original de Pablo Bril (1).

El samaritano, historia sacada de esta célebre parábola del Salvador: su diseño y vigor de colorido manifestaban el grato pincel de su autor el mismo Pablo Bril.

Un san Pedro apóstol; en el que la suma verdad y buen tono de las carnes revela á su autor nuestro valenciano Juan de Ribalta (2).

San Diego, san Dimas, san Agustín, san Sebastian y san Isidro; cinco cuadros que formaban juego con el anterior, y del mismo buen gusto de su autor el insigne Juan de Ribalta.

El plato de uvas, el hombrecillo que saluda y los picaños que juegan; tres cuadros originales tambien de Juan de Ribalta, en que se reconoce la observacion y el estudio de la naturaleza.

El cuadro de la música, ó sea santa Cecilia; representa á la santa tocando el órgano: fue obra de D. Francisco Ribalta y de su hijo Juan (3).

(1) Flamenco, natural de Amberes, escelente pintor de paisajes, que habiendo ido á Roma con su hermano Mateo fue admitido en esta clase por el pontífice Gregorio XIII: ocurrida la muerte de Mateo en 1584 siguió trabajando para el mismo soberano, sus sucesores Sixto V y Clemente VIII, y el cardenal Borghese y otros personages. Pintaba con suma facilidad, vendia sus obras á un subido precio, y permaneció siempre en Roma donde falleció en 1626, de edad de setenta y dos años.

(2) Murió en la temprana edad de treinta años, el lunes 9 de Octubre de 1658; dice de él el mismo D. Diego, que por su valiente pincel supo hacerse lugar entre los mas clásicos, siendo sus obras el mayor elogio y encarecimiento de su habilidad.

(3) De Francisco Ribalta, nacido en Castellon de la Plana en 3 de Junio de 1563, dice el propio D. Diego en su diario, obra que manuscrita se conservaba en la biblioteca del monasterio de san Miguel de los Reyes, que murió jueves 13 de Enero de 1628, de edad de sesenta y cinco años, y está enter-

El de las ovejas y pastores, ó sea la historia de Raquel y el nacimiento; originales de Jaime ó Jacobo Du Pont (1).

El de Tamár, sacado de este pasaje de las sagradas escrituras; y *nuestra Señora de los Angeles*, de Pedro Orrente (2).

El de la Creacion del mundo, el del Salvador y la Santísima Virgen, el de la casta Susana, el de san Juan Bautista y un retrato desconocido; los cinco de Luis Morales (3).

El de una galera á la vela, los cinco paises que representan el agua y la tierra; y las láminas de san Josef, san Antonio y santa Inés; todos ellos originales de Andrés del Sarto (4).

Y últimamente, treinta y un retratos de valencianos célebres; parte sin duda alguna la mas apreciable de la coleccion, de que nos ocuparemos en el número próximo.

J. M. Z.

CARTAS Y PENSAMIENTOS DE UN VIAGERO.

II.

Hace treinta años, los viajeros apenas se detenian en Burdeos mas que el tiempo necesario para descansar y mudar de carruage que los trasportára al interior de Francia y de la Europa, porque aquella ciudad apenas cautivaba su atencion; si acaso entre ellos no se encontraba algun anticuario que gustase de admirar las elevadas piramidales torres de la catedral, cuyo interior nada ofrece de notable; ó las catacumbas, (cuevas mas bien) de la iglesia de san Miguel, donde existen enormes montones de despojos mortales, amen de algunos esqueletos asáz bien conservados y que el guardian de aquella caverna armado de su farol y su interminable labia, os explica sin detenerse, y como un aprendiz

rado en la iglesia de los santos Juanes de esta ciudad, á la que dejó algunas mandas pias: que fue pintor insigne por lo dulce del colorido; y por lo primoroso de sus pinturas de devocion en que sobresalió, como tambien en virtud y religion.

(1) Apellidado el Bassan por haber nacido en el pueblo de este nombre, en el territorio de Venecia: su padre Francisco, tambien pintor, le dió la educacion mas esmerada, é hizo pasar á esta ciudad para que estudiase con el célebre Bonifacio las obras del Ticiano y del Parmesano. Vuelto á su patria se decidió por reproducir los hermosos paisajes de que se halla rodeada, con el éxito mas asombroso. Su laboriosidad y larga vida llenó á la Europa de bellísimos cuadros, pues aunque sus obras históricas y de otros géneros no tengan la verdad y toques vigorosos de sus paisajes se ve en ellos, sin embargo, una correccion, frescura y pureza de maneras propias y exclusivas de un grande artista: murió de ochenta y dos años de edad en 1592, dejando cuatro hijos, Francisco, Leandro (llamado el Caballero de san Marcos) Juan Bautista y Gerónimo, que todos siguieron la profesion de su padre.

(2) Este excelente artista nació en la villa de Montealegre, en el reino de Murcia, en 1586; cogió todo el modo de pintar del Bassan; y con efecto sus cabañas son apreciadas extraordinariamente. Murió en Toledo en 1644.

(3) Las admirables cualidades que distinguen las obras de este eminente pintor le grangearon el renombre de *divino* con que generalmente es conocido: nació en Badajoz por los años de 1516; pasó á Italia á estudiar los buenos modelos, y se perfeccionó en la escuela de Pedro Campaña: murió en la misma ciudad de Badajoz, su patria, en 1586.

(4) Andrés Vannucci, llamado vulgarmente el Sarto, por el oficio de sastre que ejerció su padre, nació en Florencia en 1488; fue discípulo de Juan Barile y de Pedro Cosimo; estuvo la mayor parte de su vida al servicio del rey de Francia Francisco I, para quien trabajó obras maravillosas como lo son todas las suyas tenidas hoy día en la mayor estimacion: su modo correcto, los bellísimos paisajes con que decoraba sus cuadros y acabado estilo le han merecido tambien el nombre de Andrés sin errores; murió en su patria de edad de cuarenta y dos años.

droguista, os relatará la lista de las drogas que se hallan en su almacen. No os detengais en preguntarle el origen de aquel subterráneo, ni si en algun tiempo sirviera de viviente sepultura á los religiosos del antiguo convento que allí habia, ni si en los tiempos de la convencion francesa sirviera de asilo á los proscritos; el guardador de esqueletos tan solo os mostrará en cambio de vuestra curiosidad, los dientes blanquecinos y apegados á las mandíbulas de alguna momia, y algunos restos de pelo que adornan todavía otras; y todo con la sonrisa en los labios y conduciéndoos hácia la puerta, donde os tiende agradablemente la mano para que en ella, al despediros, le echeis alguna pieza de moneda por gratificacion de su trabajo. ¡Oh! en cuanto á esto, los franceses son un pueblo modelo: galantes, corteses, llenos de la mas esquisita urbanidad, de la mas refinada complacencia, están siempre dispuestos á satisfacer vuestra curiosidad, dándoos cuantos detalles y esplicaciones les pidais, siempre y cuando conserven la esperanza de la retribucion; pero si á vuestra salida del monumento visitado, tan solo les pagais con corteses saludos y amable sonrisa; si no echais la mano á vuestro bolsillo retirando de él una pieza de blanca moneda con que agradecer su cortesania; entonces, ¡solemnos momentos de prueba! frúncense las cejas de vuestro mentor, fija en vosotros su torva mirada, os responde apenas y.... guardaos bien de volver á pisar aquellos umbrales, porque se os contestará que no se puede visitar el edificio, ó se os echará la puerta en los hocicos. Esta es la regla general; sin embargo, no escluyamos completamente algunas rarísimas escepciones.

El gran aumento de riqueza de que hoy blasona la capital del departamento de la Gironda data de la pérdida de nuestras Américas, ó mejor, desde que los españoles allá establecidos por conservarse fieles á la madre patria, trasportaron sus caudales y sus familias á la metrópoli, creyendo encontrar allí paternal acogida y segura ocupacion para el fruto de sus sudores. Ignoramos, ni tampoco nos incumbe el averiguar, los secretos motivos que tuviera el gobierno español para impedir la entrada á nuestros hermanos del Nuevo-Mundo, que quisieron permanecer fieles al estandarte de Castilla; pero si diremos, que á consecuencia de habérseles exigido un tanto por ciento de entrada de las cantidades que con ellos trasportaban; mejor avisados y mirando, como era justo, su mayor lucro é interés se dirigieron al vecino reino, donde mas ávido de su riqueza, su gobierno les dispensó gratuita y favorable acogida, proporcionándoles á bajo precio terrenos donde edificar y establecerse.

A esta causa se debe la magnificencia que hoy día desplega Burdeos en sus magníficos cuarteles de *Chartrons y Jardin du Roi*; asi como la elegante y preciosa galeria de la calle de santa Catalina, donde el bilbaino D. José Lorenzo de Latorre ha empleado cuantiosos capitales; la cual sirve de punto de reunion en los dias de lluvia á los ociosos y los extranjeros, que cuando luce el sol gustan mas del paseo de Tourny y plaza del Teatro que presenta un golpe de vista admirable y sorprendente.

Este último edificio es magnífico en todas sus partes: enteramente aislado, su fachada ocupa todo un lado de la plaza. Adornan el peristilo doce columnas corintias, coronando el friso una galeria con doce estatuas que corresponden á las doce columnas ya indicadas: iguales á ésta son las otras tres fachadas que completan el monumento. Pásase del pórtico á un magnífico vestíbulo, cuya bóveda la sostienen seis columnas dóricas: en el fondo se ve la espaciosa escalinata que conduce á otro segundo vestíbulo sostenido por ocho columnas jónicas, desde cuyo peristilo se distribuye el público en los diferentes sitios del salon, cuya magnificencia sorprende. Doce columnas istriadas de orden compuesto dividen los diferentes órdenes de palcos, formando separados

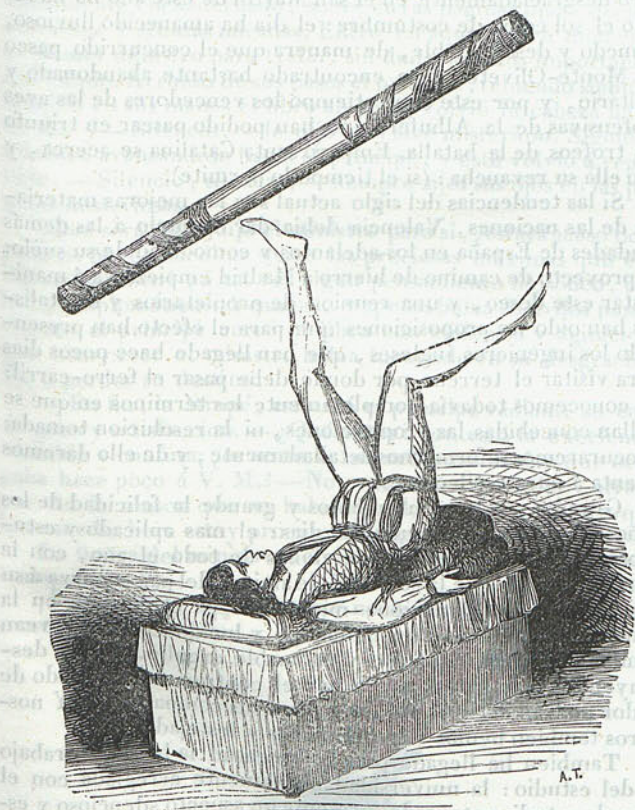
balcones. Sirve este teatro en las grandes funciones ó en el Carnaval para salon de baile; elevando, por medio de un ingenioso y sencillo mecanismo, el piso del patio y lunetas al igual del escenario. Hay además sobre el primer peristilo un grandioso salon ovalado, destinado principalmente para conciertos; y además otro mas pequeño que sirve de punto de reunion en los entreactos (*foyer*), el cual se halla adornado con algunos retratos de los actores mas sobresalientes de aquella escena. Al menos despues de haber complacido al público durante su vida, el mérito que con su impropio trabajo alcanzaron, tiene tras sus dias alguna grata recompensa, un dulce recuerdo. ¿No es este tambien un medio de fomentar las artes?

El puente de Burdeos lo forma el trozo de rio, muy caudaloso ya por aquella parte, entre el almacen de víveres de la marina y el puente, pudiendo contener cerca de mil embarcaciones de quinientas á seiscientas toneladas; pues las de mayor número tienen que fondear en la ensenada de Poulliac. El cuartel de *Chartrons*, que dá su frente al rio, se halla ocupado en lo general por los vastos almacenes de los tan nombrados vinos de Burdeos, *Chateau Margaux*, *Chateau Lafitte* y otros de igual valia. A la otra estremidad del puerto, remontando el Garona, se halla el celebrado puente de masonería sostenido por diez y siete arcos, cerrado el todo en los extremos por dos verjas de hierro.

III.

Diciembre de 1843.

Se ha creido hasta el dia que los pies nos han sido dados tan solo para marchar, y aun cuando como una rareza se nos ha mostrado alguno que ha hecho uso de estos miembros para trabajar algunos objetos, el acropedestre que se ha presentado al público nos ha hecho ver que estábamos en el mas profundo error. De tal manera, que despues de presenciar los admirables juegos y variaciones de Mr. Richard, puede uno mirar compadecido sus brazos y manos y preguntarse: «¿De qué me sirven?»



Tendido sobre un mullido sofá, y formando un ángulo con la parte inferior del cuerpo, toma el acropedestre con sus

pies un fuerte y grueso baston de cuarenta libras de peso, manejándolo con la misma facilidad que un *lion* maneja su caña de indias; ora elevándolo á una altura prodigiosa y recibiendo, ora arrojándolo en el suelo y cogiéndolo en seguida, ya tambien formando con él diversas figuras sorprendentes, tanto como si fuera con la mas ligera pluma. Se nos dirá tal vez que esta aptitud de los miembros inferiores, ó esta facilidad en manejarlos es de la mas completa inutilidad; empero tal vez, esponiéndonos á la burla ó sarcasmos de quien nos lea, diríamos que encontraríamos mas completa nuestra educacion fisica, si desde la mas tierna niñez se nos acostumbra á valernos de todos nuestros miembros, como se hace generalmente de nuestras manos; y si bien no quisiéramos se llevase hasta el extremo del acropedestre que ha fijado hoy nuestra atencion; ocasion tal vez pudiera llegar en la vida, en que la destreza y agilidad de nuestros miembros inferiores pudieran servirnos de mucho. Porque ¿cuál es en lo general la mayor fuerza y facilidad de nuestra mano derecha? porque desde niños se nos enseña á manejarlo todo con ella, sirviéndonos de su uso en todas nuestras acciones y por consiguiente fortaleciendo el brazo, dándole una consistencia que el otro no llega nunca á adquirir. Defectos que se transmiten de siglo en siglo y pasan á las generaciones venideras, sostenidos por la preocupacion y la costumbre.

IV.

Noviembre de 1837.

La velocidad de los caballos indica que presienten la pronta llegada á su descanso; se renuevan su fuerzas y los crines que el viento agita, imprimen nueva gallardía y brio á sus movimientos, y marchan y adelantan con asombrosa agilidad. Tambien en nuestro derredor se advierte mas vida, mas agitacion; mézclanse y se confunden, cruzándose entre sí, las ligeras sillas de posta con las pesadas carretas del agricultor; las cargadas mensajerías y las voluminosas diligencias, el desagradable chillido de los carros de bueyes y el alegre canto del colono, el chasquido del postillon y el confuso murmullo de los viajeros; alumbrando tan variado cuadro un sol opaco, mortecino, que deja pesar sobre nosotros una diáfana niebla asáz para disminuir los objetos, pero no bastante para ocultarlos.

¿Por qué tanta agitacion y tanto movimiento?

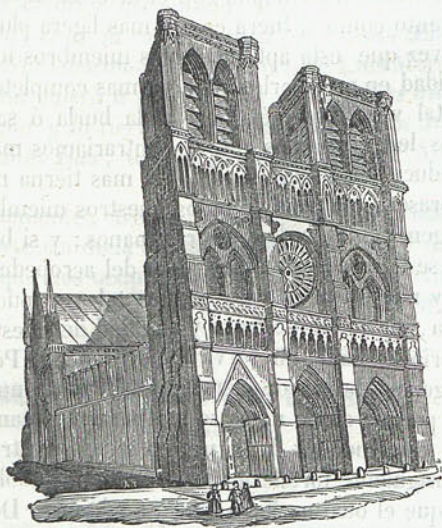
París, la ciudad célebre, envidiada, deseada; el pueblo que ambiciona visitar la juventud inesperta en sus dorados sueños, el especulador en sus cálculos de bolsa, el ambicioso en los de dominacion; el intrigante y el sibarita, el ignorante y el letrado, el orgulloso y el humilde, el poderoso y el miserable, todos fijan su vista en aquella moderna babilonia, donde si el vicio abunda, no escasea tampoco la virtud. ¡Ciudad de miseria y de opulencia, de angustias y de placer, de dolores y de consuelo, de avaricia y desprendimiento, de ruindad y nobleza, de verdad y mentira, de vicio y de virtud! ¡Centro de saber y de ignorancia, de engaño y de buena fe! ¿París no es la capital decantada de la civilizada Europa?

¿No es la rival de la moderna Cartago?

Una negruzca línea de edificios y monumentos marcan el sitio donde se halla asentada la ciudad célebre, y el viajero que llega del Mediodia llama á sus puertas por el arrabal barrera y calle del Infierno: ¿es acaso una muda advertencia del pueblo que va á visitar? ¿es la casualidad ó una sagáz intencion la que les impuso aquel significativo nombre?

Al extremo izquierdo de aquella opaca perspectiva se distingue un arco colosal; es el de Triunfo, elevado por Napoleon á la gloria de sus victoriosos ejércitos; no lejos de allí Tullerías y el Louvre, palacios de sus reyes; las dos im-

ponentes torres del grandioso edificio de Felipe Augusto, de nuestra Señora de París, que el célebre poeta y dramaturgo



Víctor Hugo ha hecho tan popular y conocida: la plaza célebre que ha tomado sucesivamente el nombre de Luis XV, de la revolucion y de la concordia; el palacio de María de Médicis ó de Luxembourg; las gemelas torres de san Sulpicio, un tiempo célebre seminario; la honra de Luis XIV, llamado el Grande, encerrada en el espacioso edificio de los inválidos; y como dominando toda aquella confusion heteróclita de habitaciones, la elevada cúpula del Panteon; que si un tiempo fuera destinada á oír resonar en su recinto las glorias del Altísimo, el trascurso del tiempo y el capricho de los hombres, la destinan hoy día á encerrar las frias cenizas de los que las pasiones y el siglo llama sus héroes.

¡Hé aquí París!

CRÓNICA DE LA QUINCENA.



¡Hé aquí el invierno! la estación de la lluvia y de los amantes, de las humedades y de los enamorados, de los frios y de las aventuras, de

las tertulias, de los bailes y de las máscaras; época feliz para unos y desgraciada para otros: para los ricos el descanso y el placer junto á la amorosa chimenea, recostados sobre un muelle sillón; para el pobre el hambre, el frio y la necesidad; para aquellos los goces y las dulzuras de la conversacion, para estos las privaciones y el dolor. A Dios la verdura de los campos, y los ópimos frutos de los esmaltados árboles, que la atmósfera refresca y las prolongadas noches convidan á acogerse á la ciudad: las lluvias nos persiguen sin cesar; y el sol, ese radiante astro que brillaba con tanto esplendor durante el otoño para Valencia, se oculta vergonzoso; ó para hacernos sentir su falta, ó para castigarnos de nuestra ingratitud.

Para que no olvidemos nunca lo que hemos de ser un día, la cuarta estación del año se inaugura con un recuerdo solemne á los que un día fueron y que con tanta facilidad olvidamos; que justo es y laudable que puesto que el placer y la vida nos ocupan todo el año, separemos un día en él para ocuparnos de lo que amamos. A pesar de lo nublado y lluvioso de la atmósfera, la concurrencia este año al campo santo ha sido bastante numerosa; y los que allí se dirigían á llorar alguna reciente pérdida, han podido ocuparse de sus caros objetos sin temor de miradas curiosas é indiscretas, cada uno de los visitantes no se cuidaba en aquellos momentos de dolor mas que de sí mismo; y si el incrédulo ó el que de la jovialidad y la risa hace su Dios, hubiera pisado aquel día aquellos sombríos umbrales, hubiera abandonado, al menos por algunos momentos, sus pasiones ó su egoismo para mezclar sus suspiros con los suspiros de los padres ó hijos desconsolados. Un buen número de sepulcros se hallaban adornados de flores; y esta manifestacion que para algunos austeros genios parecerá un resto del paganismo, la tenemos como respetable y sagrada; que si se prodiga el incienso y las flores á los vivientes, justo es que á las plegarias de la mente acompañe una manifestacion material. ¡Ojalá que el terreno lo permitiera, y aquel árido campo de descanso se transformara en un bien adornado jardín!

Con este motivo tributaremos tambien una grata memoria, al hombre que en nuestra juventud hizo asomar tantas veces la risa á nuestros labios; al actor que durante tantos años y cuando Valencia no poseia aun el magnífico coliseo que la embellece, entretenia á los espectadores con la naturalidad y gracias de su decir. ¡Joaquín Trullench ha muerto pobre y honrado, y el que por tanto tiempo reunia en torno suyo á los valencianos ha muerto olvidado de sus antiguos admiradores! ¿Es acaso este el destino de la inteligencia y de las artes? Dedicado al teatro desde su juventud llegó á formarse un nombre en su patria, por la natural seriedad y manera de presentarse en las comedias, entonces llamadas de figuron; y con la mezquina retribucion que se le daba mantenía á su familia, grangéandose la estimacion de todos por su probidad y honradez. El público le amaba y le respetaba, porque el público sabia mantener su dignidad; y Trullench se afanaba en dar gusto al público porque no se le ostigaba ni chuleaba. El público y el actor se comprendieron. Ha muerto miserable y olvidado, pero á nosotros toca el decir en su memoria: «Fue un actor inteligente y un verdadero hombre de bien.»

Después de orar por los difuntos, los amigos de la caza han podido entregarse á su diversion en el día acostumbrado; pero desgraciadamente en el san Martin de este año no ha luido el sol como de costumbre: el día ha amanecido lluvioso, húmedo y desagradable, de manera que el concurrido paseo de Monte-Olivete se ha encontrado bastante abandonado y solitario, y por este contratiempo los vencedores de las aves inofensivas de la Albufera, no han podido pasear en triunfo los trofeos de la batalla. Empero santa Catalina se acerca, y con ella su revancha: (si el tiempo lo permite).

Si las tendencias del siglo actual son las mejoras materiales de las naciones, Valencia debia dar egemplo á las demás ciudades de España en los adelantos y comodidad de su suelo: el proyecto de camino de hierro á Madrid empieza ya á manifestar este deseo, y una reunion de propietarios y capitalistas han oido las proposiciones que para el efecto han presentado los ingenieros ingleses, que han llegado hace pocos dias para visitar el terreno por donde debe pasar el ferro-carril: no conocemos todavía completamente los términos en que se hallan concebidas las proposiciones, ni la resolucion tomada; procuraremos informarnos detalladamente, y de ello daremos cuenta á nuestros lectores.

Grandes son los sentimientos y grande la felicidad de los niños de ambos sexos en estos dias: el mas aplicado y estudioso ha visto premiados sus afanes de todo el año, con la cinta y medalla que la sociedad de amigos del país reserva á su laboriosidad é instruccion; mientras llega el día que en la junta pública y ante un numeroso y lucido concurso, vean tambien satisfecho su justo y razonable orgullo. Que no desmayen los indolentes, antes por el contrario redoblando de ardor podrán decir el próximo año á sus compañeros: «Y nosotros tambien hemos sido premiados y festejados.»

Tambien ha llegado para la juventud la hora del trabajo y del estudio: la universidad nuevamente arreglada con el plan de estudios otorgado, presenta un aspecto silencioso y expectante, porque todos temen y esperan la marcha que los nuevos profesores adoptarán; estos se muestran solícitos, afanosos y un tanto rígidos en el cumplimiento de sus deberes, mientras que los antiguos ya acostumbrados, sienten un tanto

hayan pasado tan pronto las vacaciones; armándose de estoicismo y gravedad, para no desmerecer en nada del grave encargo que á sus cuidados se halla confiado.

Venciendo mil obstáculos, y en fuerza de una constancia heroica, algunos jóvenes aficionados á la gravedad de la música instrumental se han reunido en sociedad de amigos para recrearse con las magestuosas notas de Mozart, Hayden, Bethoven y otros célebres compositores: el público no tiene todavía entrada en este filarmónico santuario; y en nombre de la amistad les suplicamos, no reconcentren en ellos solos su conocida habilidad y nos dejen gozar, alguna vez al menos, de sus sonoros y melodiosos acordes.

El domingo 9 á las cuatro de la mañana se percibió sensiblemente por algunos, una oscilacion subterránea: el cielo tuvo sin duda en gran conmiseracion nuestras cuitas y no quiso fuera mayor el terremoto. Era cuanto nos faltaba.

No cerraremos nuestra crónica sin suplicar encarecidamente á las administraciones de correos por donde pasen los números de nuestro periódico, pongan el mayor cuidado en que lleguen á su destino: nuestro corresponsal de Granada, entre otros, nos reclama varios números que faltan á los suscritores que en aquella ciudad tenemos; y ésta falta nos es tanto mas sensible cuanto que puede hacerles dudar de nuestra exactitud en el envío, sin contar con los perjuicios que se nos ocasionan. No culpamos á nadie especialmente, porque ignoramos dónde se halla el obstáculo; pero sí reclamamos de quien corresponda, toda la vigilancia necesaria para evitarnos mutuamente nuevas y siempre desagradables reclamaciones.

La quincena ha sido árida en amores, el tiempo estaba lluvioso y triste; sin embargo en nuestra próxima revista ofrecemos relatarles algunas variadas escenas: tal vez la serenidad del tiempo nos sea mas propicia y fecunda.

Y pues que con tanta escasez ó misterio se presentan estas intrigas, les contaremos una *vera* historia, que como tal corre entre el mundo escudriñador. Se trata nada menos que de un elevado personaje, poderoso, potentado; al que nadie se aproxima sin inclinarse hasta el suelo, á quien obedecen pueblos numerosos; descendiente de una raza que tiene su origen en el diluvio, y cuyos títulos y blasones son los mas acreditados y magníficos: poderoso señor que se sienta sobre un trono, ciñe corona y empuña cetro de oro: y en cuanto al nombre de su imperio, que nuestros lectores recorran el mapa y advinen bajo qué grado de latitud se halla situado; porque algo se ha de dejar á su penetracion.

Hallábase solo una mañana este buen príncipe en su gabinete de trabajo, teniendo en sus manos un libro abierto magníficamente encuadernado, sobre cuyas páginas fijaba sus penetrantes y atentas miradas. Entró en aquel grave momento su primer ministro para tratar, sin duda, asuntos importantes del estado. Al ruido de sus pasos el príncipe, teniendo siempre inmóvil en sus manos el libro abierto, volvió la cabeza hacia S. E., y — Silencio, — le dijo con aire misterioso. Siguió el ministro avanzándose hacia el príncipe, y éste volvió á repetirle: — Silencio, silencio; — siempre fijos sus ojos en las páginas misteriosas.

¿Qué será esto? dijo el ministro para sí, ¿estará acaso ocupado S. M. en meditar sobre las preciosas máximas que encierra ese libro? ¿ó tal vez algun pensamiento filosófico, político ó diplomático?... Veamos... y apenas habia dado dos pasos, cuando el príncipe cerró el libro con violencia y agitacion, que hizo creer al ministro habia incurrido en su desgracia é iba á perder su destino.

— En fin, la atrapé, exclamó el príncipe radiante su cara de gozo y satisfaccion. — ¿Qué señor? contestó la excelencia humilde y confusa; ¿es acaso la importante solucion que ocupaba hace poco á V. M.? — No, contestó el príncipe, atrapé por fin la mosca que se habia situado en esta página, y que hace media hora estoy procurando agarrar.

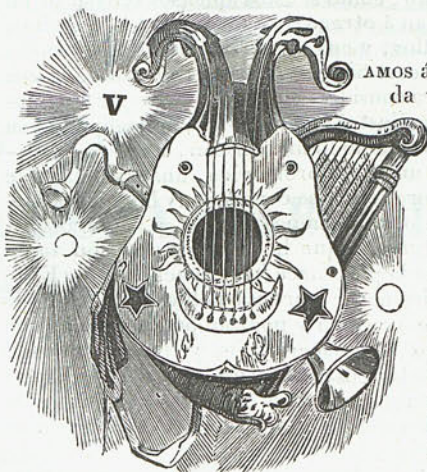
La figura del ministro volvió á recobrar sus colores y su tranquilidad.

¡Pueblo feliz, cuyo príncipe no se ocupa mas que en cazar moscas!!!



REVISTA TEATRAL.

Repeticiones de la Sonámbula. — Honra y provecho. — Músicos ambulantes. — El Nabuco. — El Aguador de Paris. — El Héroe por fuerza. — Beneficio del señor Comerma.



AMOS á comenzar por segunda vez á sazonar este indispensable *plato* que debemos presentar todos los domingos á nuestros suscritores, *plato* que, sin saber por qué, es el primero que eligen estos cuando lo echan de ver en la variada y abundante mesa de nuestro *Fenix*, *plato* amargo para unos, sabroso para otros, y sin sustancia para los mas, pero *plato* preciso y de absoluta ne-

cesidad como calificado de *plato de entrada* por nuestros lectores, sin embargo de colocarse modestamente por nosotros entre los *postres*. ¿Pero cómo lo sazonaremos esta vez? ¿qué especie de *salsa* le pondremos? ¿de qué clase de *especies* nos valdremos á fin de que sea lo menor posible el número de los descontentos? ¿Haremos una *olla podrida*, ó una *boronía* como se llaman en mi tierra ciertos manjares compuestos de muchas cosas eterogéneas, ó bien una *paella* á la valenciana? Hasta aquí la *Mosca*, antigua *cocinera* y entendida en el *oficio*, ha acostumbrado aderezarlo de una manera tan conveniente, que rara será la persona que no haya encontrado algo de bueno en él, y muchas conozco yo que se habrán chupado los dedos de gusto al saborearlo. El hermano J. A. A., *cocinero novel*, pero lleno de fe y con admirables disposiciones para el arte, no ha debido quedar muy satisfecho de su trabajo, pues, de resultados de unos granos de *pimienta* que se le escaparon le royeron los huesos en tales términos, que por poco no salen los tiestos á volar, y yo tambien, desgraciado, por haberme servido de ciertos ingredientes que traje allá de *estrangis*, los cuales hicieron en algunos el efecto que hace la *mostaza* en los que no están acostumbrados á tomarla, he estado á pique de salir con las manos en la cabeza segun el alboroto que dicen se armó en el *Palomar*. De modo que hedme aquí de nuevo con la hornilla encendida, las viandas preparadas y el cucharón en la mano, mas sin saber por dónde he de principiar para dar gusto á muchos ya que no pueda á todos conforme es mi deseo. Una cosa, sin embargo, me ocurre, y voy á ponerla por obra aunque no sea mas que por via de ensayo, y para probar fortuna como si dijéramos. Subdividiré los manjares, haré de cada uno de ellos un *plato* distinto, á fin de que segun la sustancia y sabor que en él se encuentre, pueda cada cual calificarlo de *plato de entrada*, *fritura*, *asado*, *entremés* ó *postres* conforme mejor le cuadre, y presentaré por último un historiado *ramillete* que parecerá un castillo de fuego segun las cosas que en él ha de haber; de esta manera acaso podré salir adelante con mi empeño, pues al que no le guste una cosa tomará de otra, y si no le agrada ninguna, me hará la justicia al menos de creer que por mi parte he hecho lo posible por dejarle *satisfecho*.

Preparado, pues, este almuerzo de nueva especie en los términos referidos y presentándolo al *paladar* conoedor de nuestros suscritores, métale cada cual el diente por donde pueda.

Las dos repeticiones de la Sonámbula: *plato* esquisito y delicado, *plato de leche y miel*, pues aunque el público se haya mostrado un tanto *inapetente* en estas noches concurriendo en escaso número y aplaudiendo con timidez, fuerza es que despierte de su letargo y haga la justicia que debe á una ópera lindísima, bastante bien cantada por todos, bastante bien acompañada por la orquesta, particularmente en la última noche que se ejecutó, en la cual notamos con gusto que habia tenido su director la condescendencia de escuchar las advertencias amistosas que se le habian hecho, moderando el *vivace* de ciertos aires, y ópera en la que la señora Brambilla ha dado una nueva prueba de los distinguidos talentos

que la embellecen desempeñando la parte de *Amina* con imitable gracia y maestría. Duélenos en verdad que á esta jóven artista que en la infancia aun de su difícil carrera ha conquistado ya tantos títulos de aprecio por su modestia, su aplicacion, y su relevante mérito, se la esquiven unos aplausos que con tanta justicia reclama, y tenga que arrancarlos casi en fuerza de talento, como si estos aplausos rebajaran en nada los que se prodigan á otra artista muy acreedora á ellos, muy merecedora de ellos, y cuyos sobresalientes dotes somos los primeros en reconocer. Si los entusiastas amigos de la una y detractores de la otra considerasen el perjuicio que á sí mismos se causan, y fuesen justos como debian, aplaudiendo á su vez á cada una de ellas cuando lo mereciesen, acaso desaparecería una rivalidad en mal hora promovida, una rivalidad que no ha debido existir porque la una conoce muy bien la distancia que la separa de la otra, y nunca ha sido su ánimo disputarla un palmo del terreno que ha conquistado con tanta gloria y fortuna, y que la pertenece hace muchos años. Estimuladas entonces únicamente por esa noble emulacion de artistas, trabajarían de consuno y podrían ponerse en escena ciertas óperas que nos complacería oír, y que no oiremos seguramente siguiendo las cosas como están. Pero nos hemos apartado un tanto de nuestro propósito en obsequio á la justicia que reclamamos; sírvanos de disculpa nuestro buen deseo, y sigamos la nomenclatura de nuestros platos.

Honra y Provecho: plato agradable, muy agradable, uno de los mejores, sin disputa, que debemos á la fecunda y brillante imaginacion del señor *Rubí*, plato muy conocido y apreciado de este público, y en cuyo condimento entran en gran parte los señores *Lugar, del Río y García Parreño*, tres excelentes piezas para cualquiera cosa que con ellos quiera hacerse, pues particularmente *del Río* es una trucha tan sabrosa y esquisita que no tiene desperdicio. A este plato, por consiguiente, no podemos menos al repetirlo en nuestra mesa que presentarlo como otras veces, echándole solamente un racioncito de azúcar y canela superior de Holanda.

Los señores *Hellwig y Augustin*, ó sean los músicos ambulantes: entremés exótico y estravagante, mas insípido que las patatas sin sal, y que las remolachas; mas ágrío que los pepinillos encurtidos, y mas áspero que la ginebra; al público se le indigestó desde luego en tales términos que de las náuseas con que lo recibió, pasó casi instantáneamente á los ascos y de estos á una escupitina que los pobres músicos quedaron como nuevos, y tuvieron antes de tiempo que marcharse con la música á otra parte.

El Nabuco: soberbio plato, inventado por *Verdi*, adornado por la empresa con magnificencia y esplendor, y condimentado por la señora *Villó*, que ha sido en él el *faisan doré*, de una manera admirable y sorprendente; el público empezó á dar muestras de su contento desde los primeros bocados, y crecia su entusiasmo á medida que lo saboreaba, porque todo lo reunió en aquella noche este esquisito manjar. Si á la señora *Villó* faltase una hoja para completar su corona de artista, este sabroso plato se la daría, y quizás mas brillante que las otras. Lástima es por cierto que hubiese entrado en la composicion otra vianda, é *molto grossa* en verdad, que estaba tan averiada que no la hubiera conocido ni la madre que la parió, recomendamos al señor *Natale* algun procedimiento químico que sea bastante poderoso para hacer desaparecer en otra noche tan desagradables inconvenientes. En este plato, sin embargo, no pondremos ninguna nueva especie, dejémoslo como está, y derramemos únicamente sobre él flores delicadas que aumenten si pueden el perfume que la señora *Villó* ha sabido darle, flores que nos alegraremos alcancen tambien á la señora *Scannavino* y al señor *Santarelli* por el acierto con que aderezaron las trufas que entraron en su composicion.

El Aguador de París: añejo plato inventado, no sabemos por quién, á principios de este siglo y olvidado hace muchos años en los rincones de un armario, pero que merced al señor *del Río* que tuvo la humorada de quitarle las telarañas que lo cubrian, introduciéndole alguno que otro terron de azúcar, pasó como nuevo, á pesar de hallarse recién podrido como

hemos dicho, y el público lo tragó sin disgusto. Y puesto que el público le tragó, qué mas hemos de decir nosotros al presentárselo de nuevo en nuestra mesa, sino que *muy buen provecho le haga?*

El héroe por fuerza, otra pepitoria indefinible que, gracias tambien al señor del Río, nunca se indigesta, y á la que no deja de tirársele algun bocadillo; vaya en gracia.

Las mil y una cosas: ó sea el beneficio del señor Comerma: complicado, variado é historiado ramillete que hemos anunciado ya, arreglado y compuesto por el señor del Río, habilísimo repostero que aguzando extraordinariamente su fecundo ingenio, y multiplicándose hasta lo infinito ha conseguido con este trabajo tres cosas importantes, provecho para sí, provecho para el prógimo beneficiado y provecho para el público; por eso este picó de todo, como suele decirse, hasta quedar harto y empalagado. Y como ha sido lo último de la comida no le empalagaremos nosotros mas añadiendo nada de nuestro calete, antes al contrario, le quitaremos en obsequio á la decencia un pequeño incidente que no previó el señor del Río, y que fue demasiado ruidoso para que pasara desapercibido.

Así, pues, amados lectores, si os ha gustado el almuerzo, yo me daré por muy contento, pero sino, cómo ha de ser, tomas si quereis vuestro chocolate, y echad en olvido mis guisotes, pues si tal sucediese yo os aseguro que no volveré á meterme en otra. — A. O.

AL PÚBLICO.

No podemos menos de dar las mas espresivas gracias al ilustrado público de Valencia y á toda la prensa española, por la brillante acogida que ha dispensado á nuestras publicaciones. El ventajoso estado en que se encuentran, nos permite asegurar á nuestros favorecedores de esta capital y provincias que no solo cumpliremos religiosamente con cuanto ofrecemos en el prospecto, sino que daremos además mensualmente en nuestros números, figurines, grabados de modas de señoras y caballeros, y piezas de música para poderse cantar al piano.

Repetimos nuevamente que todas las ganancias que la Sociedad literaria reporte en sus publicaciones, las invertirá en mejoras para la misma.

En el número próximo comenzaremos á dar una noticia detallada de los caminos de hierro, ilustrándola con hermosos grabados.

SOCIEDAD LITERARIA DE MADRID.

VOLTAIRE.

Novelas escogidas de este autor, traducidas por EL DONCEL.

Se ha repartido el tomo primero y está en prensa el inmediato.

Se suscribe en las librerías de Gimeno y Casiano Mariana.

Director literario: D. Rafael de Carvajal.

MIL Y UNA NOVELAS.

Por entregas de 64 páginas en 8.º mayor, edicion de lujo. Para los Sres. suscritores al FENIX, un real de vellon la entrega; para los que no lo sean, dos reales: á los de fuera se les aumentará medio real por entrega. Se suscribe en provincias, tanto al FENIX como á las novelas, remitiendo libranza sobre correos, franca de porte, á favor del director del FENIX; en Valencia en la

Imprenta de D. Benito Monfort, plaza del Temple.